

Aporte del delgado Carlos Jilmar Díaz

1. La palabra 'campo' viene siendo usada con cierta frecuencia. Puntual uso de este concepto se está haciendo desde perspectivas que podríamos agrupar bajo la etiqueta de "ciencias sociales". Además de Bernstein y Bourdieu, en el escenario nacional encontramos que Mario Díaz, Germán Rey y Adrián Serna, entre otros, utilizan este concepto en sus análisis. Por ejemplo, Bernstein y Díaz [1984], señalando la dificultad que representa el carácter polisémico del concepto *discurso*, sugieren explicar las prácticas sociales con ayuda del concepto de *campo*. Se trata de considerar el discurso como expresión de la subjetividad, pero, a la vez, combatir la ilusión del sujeto como fuente exclusiva del sentido. Perspectiva que abre preguntas acerca de los diferentes procesos discursivos que configuran las prácticas y, a través de ellas, objetos y sujetos. Asunto que exploraron, buscando comprender la lógica del campo de la educación, donde los discursos se recontextualizan.

Para Díaz, *campo* es un concepto que puede dar cuenta de la estructura y forma de poder en que surgen los discursos. Para el campo de la educación y la pedagogía, postula que *la producción de discursos* educativos sería «no un simple agregado de individuos creadores o fundadores de discursos, sino también, un dominio discursivo político que tendría efectos de control sobre la producción, distribución y circulación de su discurso» [1993:10]. Asumido así, el concepto de campo le permite entrever la existencia de dos escenarios discursivos para la discusión en pedagogía: el circunscrito a la producción y aquel caracterizado por estar bajo los efectos de control político sobre dicha producción y especializado en la distribución y la circulación de este discurso. Con palabras de Bernstein denomina "recontextualizador" a este campo.

Por su parte, Zuluaga y Echeverri [1997] señalan que «la búsqueda de poner al día un campo conceptual no significa buscar teorías únicas sino comprender la nueva configuración del saber y el campo». Estos investigadores asumen la posibilidad de un campo pedagógico, entendido como casa, siempre abierta, del pensamiento y la experiencia pedagógica. En consecuencia, el concepto de campo es postulado como de gran utilidad y señalan que dicha noción «extraída de la geografía, de la milicia, evoca los sertones de Guimarães Rosa, sin límite, sin conclusión previsible y sin aduanas de ningún tipo. Lo crucial es que su configuración se logra a través del tejido que la pedagogía ha ido confeccionando con sus interlocutores de toda la vida: las ciencias naturales, humanas, la política, el arte, la religión, el derecho y el mito. Se renuncia a copiar modelos y se elaboran conceptos, teorías, aplicaciones, experiencias y experimentaciones» [:18].

Sin pretender ser exhaustivos, se ve que algunos buscan consistencia: asumir el concepto de campo y actuar conforme a la exigencia lógica de la teoría; otros, en cambio, lo utilizan como metáfora, buscando delimitar ciertos contornos de

otros más amplios y allí plantear temas, metodologías o problemas, que tendrían alguna relación entre sí; otros, a su vez, referencian la idea indicando una discusión que suscriben, que no explicitan, pero que les permite describir asuntos de su interés. En los dos últimos casos, 'campo' es usado como delimitador *espacial*. Llama la atención, precisamente, esta dispersión, esta difusa y ambigua manera como en las discusiones de carácter académico es asumida la idea de campo (a manera de ejemplo puntual). Panorama sucinto que nos coloca, como abre bocas, ante el asunto que nos reclama: la pregunta por la delimitación y la puntual forma como operan, en relación con la educación.

2. Por *campo* es posible entender un régimen de uso y producción de enunciados, en donde las secuencias de símbolos en un soporte físico —a las cuales atribuimos sentido— configuran cierto circuito. Soporte físico y atribución de sentido constituyen aspectos relevantes en la perspectiva de un uso sistemático de la noción de campo, ya que su lógica —puntual secuencia de símbolos— se nos figura luego de un trabajo de intelección; soporte físico y atribución de sentido contribuyen a vislumbrar y comprender ciertos contornos en las palabras, permitiendo entender la lógica que subyace a los discursos en su realidad material. En pocas palabras, el campo no es un hecho observable; su lógica se evidencia al momento que presuponemos una estructura, de forma tal que resulte comprensible un conjunto dado de actuaciones. Así, los campos no existen previamente, no tienen un tipo de consistencia ontológica; se materializan como consecuencia de los efectos que determinada lógica le impregna al discurso; lógica que es posible establecer más allá de las variaciones circunstanciales. No es posible considerar cada uno de los campos independientemente de quienes los encarnan y los hacen existir, ya que el campo toma de ellos su energía, lo cual nos lleva a señalar que en los campos subyacen ciertas exigencias que es preciso satisfacer, lo cual permite establecer quién está —o no— en condiciones de hacerlo.

Añadamos, con Bourdieu, que el campo es una estructura de relaciones constitutivas de un espacio virtual que impone la forma que pueden adoptar las relaciones visibles de interacción y el contenido mismo de la experiencia que pueden tener los agentes [1982]. En cada momento hay algo así como un derecho de entrada que todo campo impone y que define el derecho a participar, seleccionando así ciertos agentes y no otros. La posesión de una configuración particular de propiedades es lo que legitima la entrada en un campo. Estamos así ubicados frente a una especie de círculo hermenéutico: para construir el campo, hay que identificar las formas de capital específico que serán eficientes en él, y para construir esas formas de capital específico, hay que conocer la lógica específica del campo [Bourdieu, 1973].

Así mismo, Bourdieu expresa que es posible pensar en dos propiedades de los campos: pueden ser analizados independientemente de las características de sus ocupantes y, si bien es cierto que cada campo tiene su propia lógica, es posible pensar, también, en una teoría general de los campos. Al comprender el funcionamiento de uno de los campos, se interroga la lógica de otros y, a la vez, se posibilita re-pensar el conocimiento de la estructura de los campos, lo cual hace necesario pensar en una estructura que permita *jugar* con los mismos elementos en cada una de las estructuras que conforman los campos específicos.

Al hablar de campo, entonces, hacemos referencia a por lo menos tres aspectos: a. son particulares formaciones discursivas que constituyen referentes colectivos; b. tienen que ver con el lenguaje, pero no se limitan a las palabras: son construcciones más amplias y complejas en el marco de una puntual secuencia de símbolos y acciones; c. son construcciones que vinculan a los sujetos, a escala de la autorización —quién está o no autorizado— y a escala del efecto subjetivo —quién está o no identificado, inserto, excluido, diferenciado, adiestrado—.

3. A condición de ser usada sistemáticamente, la idea de campo podría aportar a nuestra discusión algo fundamental: el hecho de que podemos distinguir entre la tensión interna (en la que identificamos las fuerzas que pugnan por el control simbólico) y la presión externa (referida a las fuerzas sociales que demandan a los campos cierto tipo de productos).

Entonces, si bien los campos no son los únicos productores de enunciados, sí son las entidades que producen enunciados especializados, como los que convergen en los discursos que usamos los maestros para elaborar propuestas (escritas orales) con determinados propósito... Políticos o académicos, por ejemplo

4. Un sistemático uso de la noción de campo podría contribuir a establecer necesarias distinciones y apoyaría una discusión sobre la escuela (universidad) de manera densa, pues no se trataría de un ámbito caracterizado por ciertas propiedades de un campo, sino de un espacio (escenario) presionado desde distintos lugares y donde hacemos intervenir productos de diferentes campos para responder a demandas: económicas, políticas...

Con mi saludo

Carlos Jimar Díaz